

EL NIÑO ENFERMO

Los niños, con las santiguadoras y las echadoras de cartas, tienen en la pintura de Antonio Padrón un trato persistente y continuo a través de sus distintas épocas. Pero, a diferencia de los otros temas anotados, que se repiten sin sustanciales diferencias de forma (aunque sí con distintas técnicas de ejecución) a lo largo de su obra, el de los niños experimenta un brusco cambio, coincidiendo precisamente con los meses últimos de la vida del pintor.

Hasta la elaboración de El niño enfermo (1968) Antonio Padrón había sorprendido en su pintura a niños descuidados, en tiempo de ocio, ejercitándose en el vuelo de la cometa, atendiendo suspensos a la música del trompo, advirtiendo abstraídos el salto enjaulado de los pájaros, jugando al corro en el atardecer del pueblo.

La actitud de estos niños nos transmite una entrega dichosa al juego; un sentirse totalmente a gusto en la infancia, sin ninguna alternativa preocupada. Los colores —azules, verdes, violetas claros— protegen como cristales ese ámbito de absoluta libertad y regocijo donde el niño es eje y el mundo maravilla. Emanan de esos cuadros la fascinación de lo irrecuperable.

No parece dudoso que Antonio Padrón expresara en ellos reminiscencias de su propia infancia, campesina y suelta, aunque no dichosos plenamente. La pronta muerte de sus padres (tenía el pintor ocho años cuando falleció su padre y nueve cuando perdió a su madre), algunos encierros colegiales, habían dejado en él un sedimento de frustraciones. Mas, este poso de sinsabor no accede nunca a la pura evocación del tiempo ido. Necesitaba el pintor, ya maduro y cerrado a una gran parte del mundo circundante, de la pureza infantil y adolescente. La infancia es una guarida, una placenta o una ballena a donde uno va y regresa con otro poder o se evade y no vuelve. Para Antonio Padrón la infancia era un muro, una fuer-

za, una victoria? Las tres cosas por igual: le aislaba, le ayudaba a vivir y le hacía persistir en su medio. Esa pureza.

Sin embargo, unos meses antes de su muerte (*), algo debió alterar el equilibrio sostenido por tan largo tiempo. Aquel mundo de gracia y serenidad cae, y Antonio Padrón pinta a un niño enfermo. El rostro oscuro de un niño enfermo en la cima de un largo cuello que lo despega de la tierra. Mira al cielo —que no ve ni le ve—. Al lado de la criatura está la botella del remedio y el vaso. A través de la ventana, el campo aparece atravesado de ráfagas de violeta oscuro, de grises, de negros profundos. La alegría, la inocencia ¿existen, existieron? La fiebre y el dolor laceran y ahondan el rostro. Las manos —únicos colores claros en la pintura— se enlazan. Parecen pedir y esperar. Los pájaros, las cometas, el corro en el atardecer del pueblo, ¿volverán, madre?

En los meses que precedieron a su muerte Antonio Padrón incorpora a su pintura lo que hasta allí había estado excluido de ella: una negritud desoladora. Los colores sombríos —a los que se suma una deformación feísta en extremo de la figura humana— adquieren una densidad dramática que contrasta con el contenido amable —aunque recio— de su pintura de años, incluso de meses, anteriores. El pintor descubre y nos muestra un mundo de enfermedad y de muerte. Nuevas visiones —quizá aquellas aletargadas en su cerebro desde su infancia— surgen; anulan el universo riente que el adulto había creado, y sobreponen este otro encaminado a la podredumbre.

Puede hablarse, claro, de una evolución perfectamente lógica y hasta presumible; un devenir de lo hermoso a lo feo, de la alegría de vivir a la postración de la enfermedad. No en vano pasan los años, se endurece el ambiente, pesa la soledad. Antonio Padrón pudo, de pronto, dar un nuevo giro a su pintura para expresar con violencia desacostumbrada las inquietudes que alteraban el discorrir de su vida. Pero el acontecer de este hecho sólo unos meses antes de la muerte del pintor, nos induce a pensar si no fue tal pintura consecuencia de la intuición que tuvo Antonio Padrón de su propio tránsito. Aquella intuición que le llevaba a captar los vivos colores de la isla pudo llevarlo también —¿quién lo sabe?— a captar y a aceptar los colores y la angustia de la muerte del cuerpo.

LÁZARO SANTANA

(*) Murió Antonio Padrón el 8 de Mayo de 1968, en Gáldar (Gran Canaria). Había nacido en esta misma ciudad, el 18 de Febrero de 1920.